

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## LA «SUPERSTICION» CULTURAL

# PREFERIR Y JUZGAR

DURANTE las últimas semanas, la prensa local ha servido de palestra a una levisima algarada de opiniones en torno a ciertas obras y figuras del arte contemporáneo. Aunque no he podido seguir con mucha atención la escaramuza —artículos y cartas al director—, me parece que la cosa no ha alcanzado un gran nivel especulativo: ni siquiera llegó a formalizarse en polémica. No hay que lamentarlo, desde luego. Repetir, al cabo de sesenta y tantos años, las mismas ingenuidades en pro o en contra, que «Les demoiselles d'Avignon» suscitaron en su día, es una manera bastante extraña de perder el tiempo. Ha sido una suerte, pues, que nadie haya puesto un excesivo énfasis en el alegato: las repeticiones habrían resultado tan desplazadas, tan aburridas, que descorazonarían al lector más afable. Sin embargo, el incidente tiene su interés. Por un momento, docena y media de señores han planteado, en términos de estricta franqueza, unos cuantos pequeños problemas, quizá no exactamente los que ellos suponen, que rara vez se airean. Se trata de puras anécdotas provincianas, pero el hecho de que todavía sean posibles ya es todo un indicio del vigor implícito en sus premisas: vigor de convicción. En el fondo, lo de menos es que un Picasso de 1907 continúe despertando reticencias, o que vuelva a esgrimirse lo de la «tomadura de pelo» a propósito de Miró o de Tàpies. La relativa importancia del altercado reside en que, de pronto, y sin que nadie lo pretendiera, ha quedado sobre el tapete el curioso tema de la «superstición» cultural.

Puede que yo no haya entendido el intrínsculo del debate. Quizá. Sea como fuere, en el aire de dichos papeles flota un deseo de desahogo, perfectamente definido: «¡Me carga el Dante!». El chistecito es archisabido: un circunspecto profesor, especializado en los endecasílabos del Alighieri, reunió a su parentela en los instantes de la última sinceridad testamentaria, y les confesó su odio visceral al poeta presuntamente adorado. Naturalmente, aquí no se produce una situación paralela. El clamor digamos «antipicassiano» —o anti-lo-que-sea— no procede de

gargantas habituadas a la hipocresía, como lo era la del especialista en la «Commedia». Pero sí responde a unas claras ganas de «revancha» por parte de quienes se han sentido cohibidos ante el prestigio agobiante de don Pablo. La verdad es ésta: Picasso, y todo lo que unimos emblemáticamente al nombre de Picasso, se ha convertido en una «institución» cultural como otra cualquiera. Mejor: no como cualquier otra, sino como una de las más sólidas y serias que registra la historia. Y conste que la afirmación es meramente descriptiva: guste o no, es así, y así ocurre. De ahí que, establecido el «consensus», su presión moral tienda a exigir la aquiescencia automática de la ciudadanía más o menos intelectualizada. ¿Dante? Un genio. ¿Quién se atreverá a negarlo sin el remordimiento de estar cometiendo un pecado de «lesa cultura»? Sólo se «atreverá» a tanto un poeta de vanguardia —y al final resultará que no era tan de vanguardia, como el difunto Marinetti—; pero no es por este lado que sale la repulsa de «Les demoiselles d'Avignon» y a todo lo demás...

Hemos llegado a un punto en que Picasso, por ejemplo, parece tan «intangible» como el Alighieri, o Beethoven, o Rafael, o Cervantes, o Piero della Francesca, o Sófocles. Dejemos lo de «intangible» en su alcance justo: el reconocimiento de un valor excepcional. Sólo que, cuando la cultura se traduce en superstición, ese reconocimiento adquiere visos de hipoteca. El dantofilo del cuento fue una víctima de ello. No poca gente, en nuestros días, se ha considerado obligada, si no a cantar los laudes de Picasso, a callarse su instintivo «¡Me carga!». Es lo que se deduce de lo que he leído en las inflamadas líneas a que aludo. Pero el tabú se rompe, y alguien exclama: «¡Ese cuadro es una m...!», y a renglón seguido, otros añaden: «¡Y aquel dibujo!», o «¡Tal litografía!», o «¡Su obra completa!». Muy probablemente, estas mismas voces vacilarían en proferir juicios similares respecto a Dante, o a Homero, o a Goya, o a Balzac: la «superstición», en estos casos, aún es más rígida. Tal vez a la hora de la muerte se animarían a explayarse... No suele ser frecuente. Y lo

singular de las recientes expansiones de «independencia» de juicio frente a «Les demoiselles» y a lo restante es que ponen al descubierto nuestra habitualidad «supersticiosa» en los enfoques culturales. Vale la pena prolongarlas hasta el extremo, y retorcerlas, para acentuar la evidencia. Los remilgos ante «Les demoiselles d'Avignon» acostumbra a ir acompañados de entusiasmos ante los murales de Taüll y de Boi, sin ir más lejos.

¿Por qué Taüll «sí» y Picasso «no»? Me sorprendería que la distinción fuera justificable en términos de raciocinio válido. La «superstición» funciona con mayor energía en el caso del románico, y si se la quiere apoyar con argucias historicistas, la consecuencia será tremendamente triste para el pintor medieval. No me meteré en el lío de apurar la comparación, que sería jugosa y complicada. Pero conviene estar prevenidos frente a una doblez candorosa, casi mecánica, que nos sugieren los museos. No olvidemos, tampoco, la otra trampa «supersticiosa»: la de la firma. Cuatro trazos distraídos de Picasso, de Miró o de Tàpies —sigamos las referencias, y admitamos lo de «distruidos»— se cotizan en mercado a tantos o tantos miles de pesetas: la tela se valora no porque sea más o menos «buena», sino porque es de este o aquel autor. Nadie lo discutirá. Pero eso mismo ocurre con un apunte marginal que los archivos exhuman, perteneciente a Lope de Vega, a Rimbaud o a Leonardo. La «superstición» resulta correcta respecto a los «antiguos»: es lógico que, en alguna medida, lo sea igualmente por lo que afecta a los «actuales» consagrados. Me limito a destacar el hecho. No entro —«Dén m'en guard!»— en estipulaciones concretas. ¿Qué genio no tuvo sus ratos depresivos? «¡Alquando dormitat...» Y me abstendré de señalar la frecuencia de las cabezadas, entre quienes vegetamos en los lugares subalternos del escalafón.

Todo esto, sin embargo, no hace más que acentuar el contorno de la única cuestión que de veras interesa. Lo que anda en juego no son «Les demoiselles d'Avignon», por cierto, sino el

ingrediente de «superstición» que contienen nuestros usos culturales. Y, con la máxima frialdad, con una voluntad aséptica y serena de comprender, deberíamos preguntarnos si es posible una cultura sin el soporte de la «superstición de la cultura». Yo soy lo menos partidario de las «supersticiones» que se pueda ser en este valle de lágrimas. El «¡Me carga el Dante!», como el «¡Me carga Picasso!», no me escandalizan. Cada cual tiene sus preferencias, y dentro de cien años, todos calvos. Pero, cuando hablamos de «cultura», estamos ya situándonos en un circuito de referencias objetivo, o medianamente objetivo, en el cual importa, sobre todo, el designio —genérico, comunitario— de «comprender» y de «comunicar» lo que se cree comprendido, en una suma temporal a la vez acumulativa y discriminatoria. Me excuso de recurrir a una fórmula tan alambicada: una improvisación no da para más. En Hegel, Marx, Scheler, Gramsci, Lévy-Straus, se encontrarán frases más precisas y útiles, diversas por supuesto, y convergentes. En esa dirección trabaja el erudito que colaciona variantes de un poema del XIII, el arqueólogo con sus lozas remotas, el catalogador de pintura gótica parroquial, el exégeta de Valéry o de Brecht, los biógrafos de Palestrina y de Mayakovski... ¿«Superstición»? El vocablo, probablemente, es inadecuado. No lo es del todo, pero tal vez se podría buscar otro menos insolente e igualmente revelador: que incluya a un tiempo la seducción y la crítica a que invita toda obra de cultura.

Y no quisiera simplificar demasiado, pero quizá pueda afirmarse que, en la historia de la pintura occidental, «Les demoiselles d'Avignon» representan un episodio de inflexión equivalente a aquel pasaje del Vassari, cuando este señor explica la gloriosa tentativa del niño Giotto, empeñado en dibujar unas ovejas del natural. Picasso se propuso «apartarse» del natural, y con otro género de ovejas...

Joan FUSTER

## ¿Quiere evitar ser calvo?



### INSTITUTO CIENTIFICO CAPILAR ALEMAN

INSTITUTOS EN ESPAÑA: BARCELONA, BILBAO, GIJÓN, SAN SEBASTIAN y PAMPLONA.

Con procedimientos propios basados en profundos estudios que garantizan nuestros éxitos. Nadie se preocupa del cabello, sólo cuando la infección hace su aparición y se notan las primeras caídas, a partir de este momento viene la alarma.

### ¡VISITENOS!

Horario de visitas, sin interrupción, de 10 a 20 horas los días laborables y de 10 a 19 los sábados, en Avda. José Antonio, 622, 2.º, 1.ª, Barcelona. Para mayor comodidad de las señoras y señores reserven su hora llamando por los teléfs. 231 78 05 y 222 89 81.

PARKING GRATUITO (Coliseum)  
DIRECTOR MEDICO: A. Vallo  
DIRECTOR: F. Berenguer

## LISTAS de BODA

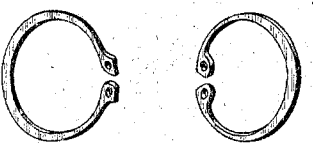
CONFIELA A UN ESPECIALISTA Su categoría merece un establecimiento de prestigio. Vajillas, Cristalerías. Objetos de regalo y decoración.

## LA VAJILLA, S. A.

Mayor de Gracia, 81  
Plaza Urquinaona, 10

## Mikaloy

DIN 471-472



RICARDO CORTÉS  
Borrell, 118 - BARCELONA

## ARTIFICIALIDAD DE LA CIVILIZACION

LA física de la época romántica presenta un esfuerzo extraordinario y los que hoy día miran con desdén a los físicos del siglo pasado olvidan que sin su impropia e imprescindible labor no se habría podido construir nunca este magno edificio que es la física de hoy. Olvidan también que, prácticamente, los citados físicos pudieron partir de muy pocos conocimientos previos y que si lograron hacer de la física una ciencia fue, principalmente, por dos motivos: el primero, porque contaban con el poderoso recurso de las matemáticas del siglo anterior y el segundo porque las tendencias filosóficas románticas y las prerrománticas del siglo XVIII habían minado una serie de prejuicios de carácter filosófico y teológico que constituyeron durante siglos una rémora impuesta a la experimentación y a la observación directa de la Naturaleza.

Es verdad que los progresos logrados por el método experimental fueron rápidos y que el premio de este afán científico fue el surgir de una técnica que no sólo empezaba a mostrarse extraordinariamente útil en la vida práctica y corriente del ciudadano sino que devolvía, agradecida, a la ciencia a que debía su origen favores que se traducían en mejoras de los instrumentos y los recursos de experimentación. Los primeros aparatos científicos, los primeros laboratorios en el sentido moderno, aparecieron en esta época en que se inicia esta simbiosis entre la ciencia y la técnica que será una de las características más importantes de la vida moderna. Es el siglo del vapor y aquel en que la electricidad ha empezado ya a revelar sus secretos; es el siglo en que la artesanía se transforma en industria.

No hay que tomar, sin embargo, demasiado al pie de la letra este equilibrio de los progresos teóricos y los recursos técnicos, en lo que se

# LA FISICA DE ANTAÑO

refiere a los físicos ochocentistas. A veces también la imaginación se perdía en estériles lucubraciones sin base experimental alguna y, más a menudo todavía, el espíritu de aventura romántica llevaba a muchos que carecían de base teórica a las experimentaciones más osadas en el terreno de la física. Lo que el siglo XVI fue para la geometría, lo fue el XIX para la física, aunque quizá ya antes (en la segunda mitad del siglo XVIII) encontremos los primeros pasos que conducirán a los grandes descubrimientos: el vapor, la electricidad, el magnetismo y la química. Estos descubrimientos serán a veces tan osados y los hará quien menos se espere, hasta el punto que llegarán a parecer más obra del azar que de deliberada intención. Así, un médico, Galvani, en su célebre experiencia con las patas de una rana, descubrirá la corriente eléctrica. Es verdad que morirá sin haberse dado cuenta de la enorme trascendencia de su descubrimiento, pero no lo es menos que, gracias a él, cambiará el aspecto de la vida del hombre sobre la tierra; y así, también un político trotamundos, Franklin, descubrirá en circunstancias de juego infantil la manera de desviar el rayo.

Pero aunque estos rasgos espectaculares, como es natural, hayan quedado más en la memoria de las gentes, la tónica constructiva de los físicos de este siglo ha da esta labor paciente de explicación continua de los nuevos resultados experimentales mediante las teorías que entonces tenían a su alcance y sobre todo las nuevas que supieron crear.

Es esta, por decirlo así, la época en que se construyen, se edifican, los capítulos fundamentales de la física; lo que hoy llamamos la física clásica. La mecánica, cuyos principios básicos se encontraron en el siglo anterior, se consolida matemáticamente en forma de mecánica racional. La electrici-

dad, cuyas bases han sentado Volta y Coulomb, se constituye muy pronto en ciencia, y es buen acicate para ello la analogía recién descubierta entre la atracción gravitatoria y la atracción y repulsión eléctricas, interpretables todas mediante la misma expresión newtoniana. Ampère y Faraday encontrarán pronto las leyes de la electrodinámica y esta ciencia no tardará tampoco en entrar en su fase matemática —más compleja, claro está, que la de la electrostática—, lo que permitirá, y tendrá como lógica consecuencia, el ulterior invento del motor eléctrico y de la dinamo, esos dos esenciales artefactos de la vida moderna.

El problema esencial de la constitución de la luz adelantará también enormemente en este siglo. La polémica iniciada en el anterior entre partidarios de la teoría corpuscular avallada por la enorme autoridad de Newton y partidarios de la teoría ondulatoria se inclinará francamente en favor de esta última después del descubrimiento de los fenómenos de interferencia. Pero el paso más importante lo dará Maxwell al establecer su célebre teoría electromagnética de las radiaciones y las célebres ecuaciones que todavía hoy se sirven de base. No se debe olvidar, sin embargo, que el concepto fundamental en que está basada esta teoría es el concepto de campo, debido a Faraday, concepto de tanto alcance y profundidad que en nuestro siglo logrará muchas veces desplazar no tan sólo el concepto romántico y algo fantasista de «éter», sino el del propio «espacio».

Esta es la época, pues, en que el concepto de luz como radiación adquirirá una inusitada extensión y nos aparecerá como fenómeno muy general y amplio de la Naturaleza, del que la luz que impresiona nuestra vista, no será más que un caso particular y restringido. De entonces datan los primeros y tímidos ensayos que lleva-

ron al descubrimiento de la región ultravioleta e infrarroja del espectro solar y a finales del siglo, cuando la época romántica propiamente dicha ha terminado ya, el genio teórico de Hertz y el experimental de Roentgen mostrarán la gran extensión de la vasta gama de las radiaciones electromagnéticas, encontrando el segundo los radiaciones de longitud de onda muy cortas, llamadas desde entonces rayos Roentgen o rayos X —misteriosa de nominación de sabor romántico que ha perdurado!—, y el primero sentando las bases de las ondas electromagnéticas largas, cuya longitud puede llegar a alcanzar centenares de kilómetros, ondas de las que, sin embargo, no se ha servido el hombre hasta que ciertos perfeccionamientos técnicos (como el detector de Branly primero, las válvulas electrónicas después y ahora los transistores) han permitido su fácil detección y producción.

Si hoy día miramos hacia atrás no podemos por menos que sentir una profunda admiración por esta física de la época de nuestros abuelos, de la que, gracias a su esfuerzo, ha surgido potente y asombrosa la de nuestros días. Si el telégrafo de señales, codificadas mediante un alfabeto convencional como el Morse, fue lógica consecuencia, que se sacó ya en esta época, del descubrimiento de la corriente eléctrica, el hacer actuar esta corriente sobre una plaza vibrante, como se le ocurrió a Graham Bell, fue el principio del teléfono y las ondas electromagnéticas muy largas, encontradas por Hertz, han sido los modernos portadores a través del espacio, no tan sólo de la voz y los sonidos, sino incluso de las imágenes, en la radio y televisión actuales.

Miguel MASRIERA

## INGLES, FRANCÉS, ALEMÁN, RUSO Y ESTENOTIPIA

Próximo curso: 1.º abril. Inst. Eurolingua  
Pedralbes, 6. Teléfono 211-23-43

### A MADRID CON EL BARÇA

18 abril, en avión ida y vuelta, almuerzo y traslados  
Entradas aseguradas con asiento

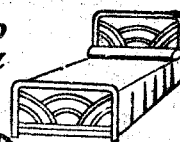
Precio por persona: 2.850 pesetas

Informes e inscripciones: VIAJES CEVASA, Avda. José Antonio, 640. Tel. 231-35-00  
Barcelona

## ¡SEÑORA, TENGA HOY MISMO!

un sueño de lavadora Superautomática. ¡FIJESE BIEN! en nuestra oferta. SIN ENTRADA. POR SOLO 750 PTAS. MES le ofrecemos una del último modelo. Tenemos todas las marcas. Llámenos al teléfono número 247-90-88. Le informaremos sin ningún compromiso

Cuestan como otra cualquiera y duran toda la vida



## CAMAS DE METAL PACHECO

Rambla Estudios, 122  
(Junta a SEPU)